

La autenticidad como proceso: saberes y prácticas en la conservación de arquitecturas construidas con tierra. Capilla de Santa Bárbara, Jujuy (Argentina) María Valentina Millón ^(*)

Resumen: Desde su incorporación al campo de la conservación patrimonial, el principio de autenticidad ha estado estrechamente asociado a la permanencia de la materia original. La ampliación conceptual promovida por el Documento de Nara (1994) incorporó dimensiones culturales que exceden los atributos estrictamente materiales de los bienes patrimoniales. En este marco, las arquitecturas históricas construidas con tierra constituyen un campo particularmente significativo para problematizar este principio, ya que su conservación no depende únicamente de la persistencia de sus componentes materiales, sino también de la continuidad de los saberes y prácticas que hacen posible su construcción, mantenimiento y transformación a lo largo del tiempo.

Palabras clave: arquitectura – comunidades locales – reconstrucción – prácticas sociales – culturas constructivas

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 179]

(*) Ver CV de María Valentina Millón en página 179

Introducción

En el campo de la conservación patrimonial, el principio de autenticidad ha estado estrechamente vinculado con una valoración centrada en la permanencia de la materia original (Jokilehto, 1999). Este enfoque privilegió durante gran parte del siglo XX atributos formales, materiales y estéticos, relegando otras dimensiones del patrimonio, particularmente aquellas vinculadas a su dinámica naturaleza social y cultural. A partir del Documento de Nara (1994), los criterios para valorar la autenticidad comenzaron a ampliarse, incorporando aspectos intangibles y situados (Stovel, 2008).

En las arquitecturas históricas construidas con tierra, la conservación no depende exclusivamente de la permanencia material de sus elementos constitutivos, sino también de la continuidad de los saberes y prácticas que hacen posible su construcción, mantenimiento y transformación a lo largo del tiempo. Tal como señala Correia (2006), los aspectos materiales e inmateriales de estas arquitecturas no pueden comprenderse de manera aislada, ya que se complementan y mantienen una relación de interdependencia. En consecuencia, las culturas constructivas asociadas a estos edificios constituyen una dimensión inseparable de su autenticidad, en consonancia con los debates internacionales sobre conservación desarrollados a partir del Documento de Nara (1994) y la Declaración de San Antonio (1996). Sin embargo, la ampliación conceptual observada en el plano teórico no siempre encuentra una correspondencia efectiva en las prácticas de conservación, donde con frecuencia continúan privilegiándose discursos patrimoniales construidos desde la autoridad experta por sobre las prácticas y significados sociales asociados a los bienes (Smith, 2006). En este sentido se llevaron adelante durante décadas intervenciones orientadas a conservar la apariencia material de estas arquitecturas, aun cuando ello implicó la incorporación de soluciones ajenas a las culturas constructivas que les dieron origen.

En este contexto, las arquitecturas construidas con tierra plantean un desafío particular a las interpretaciones tradicionales de la autenticidad, dado que su continuidad histórica depende tanto de la conservación de los edificios como de la persistencia de los saberes y prácticas asociados a su construcción y mantenimiento. En este sentido, dichos conocimientos no constituyen únicamente un valor cultural ligado a estas arquitecturas, sino una condición necesaria para garantizar su permanencia material.

A partir del análisis del proceso de restauración y reconstrucción parcial de la iglesia de Santa Bárbara en la localidad de Cochinoca, provincia de Jujuy en Argentina (Millón, 2024), se propone discutir el rol de los saberes y prácticas locales en la conservación de las arquitecturas históricas construidas con tierra. En paralelo, se propone aportar elementos para una comprensión más amplia e integral de la autenticidad en estas arquitecturas, donde el mantenimiento periódico y la sustitución material constituyen condiciones inherentes de la permanencia.

Las reflexiones desarrolladas en este trabajo forman parte de una investigación en curso que analiza la relación entre el principio de autenticidad y la conservación del patrimonio construido con tierra, desarrollada en el marco de la Maestría en Proyecto de Intervención en el Patrimonio Territorial, Urbano y Arquitectónico (UNSAM).

Sobre el devenir del principio de autenticidad

González Varas (2018) sostiene que lo auténtico es aquello que puede ser acreditado como cierto, verdadero y genuino, a partir de los caracteres o requisitos que lo configuran, en contraposición con su antónimo: lo falso o falsificado. En esta línea, puede inferirse que el término autenticidad, en su esencia, alude a la veracidad y a la credibilidad inherentes a un objeto, hecho o discurso.

Hacia mediados del siglo XX, en un escenario marcado por las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, la destrucción y transformación de numerosos edificios históricos pusieron en evidencia tanto la vulnerabilidad del patrimonio construido como la diversidad de criterios aplicados en los procesos de restauración y reconstrucción. En este contexto surgió la necesidad de establecer principios y lineamientos comunes para la conservación del patrimonio cultural, acordes con las nuevas condiciones de la vida moderna (Magar, 2014).

En 1964 se realizó en Venecia el Segundo Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos, tomando como lema “La restauración de monumentos en la vida moderna” (Jokilehto, 1999). En el marco de este encuentro, se llevó adelante la elaboración de un documento que establecería principios teóricos y doctrinales para la conservación y restauración del patrimonio cultural: la Carta Internacional para la Conservación y Restauración de Monumentos y Sitios, también conocida como Carta de Venecia (Conti, 2014).

La Carta de Venecia introdujo un conjunto de principios para la conservación del patrimonio cultural, como culminación de décadas de reflexión y de práctica en el campo de la conservación y restauración de monumentos históricos (Jokilehto, 2021). En su preámbulo, aparece por primera vez en un texto doctrinal el concepto de autenticidad en relación con la conservación del patrimonio:

Cargadas de un mensaje espiritual del pasado, las obras monumentales de los pueblos continúan siendo en la vida presente testimonio vivo de sus tradiciones seculares, la Humanidad, que cada día toma conciencia de la unidad de los valores humanos, los considera como un patrimonio común, y de cara a las generaciones futuras, se reconoce solidariamente responsable de su salvaguarda. Debe transmitirlos en toda la riqueza de su *autenticidad*. (ICOMOS, 1964; el resaltado es propio)

Elaborada en el marco de una tradición disciplinar europea y dirigida principalmente a especialistas, la Carta de Venecia se apoyó en una concepción de la autenticidad estrechamente vinculada a la preservación de los componentes materiales. Esta mirada respondía a una preocupación por la transmisión de los valores históricos y estéticos de monumentos construidos mayoritariamente en piedra y ladrillo, donde la permanencia física de la materia constituía uno de los principales soportes de su valoración patrimonial.

La consolidación de los principios de conservación impulsada por la Carta de Venecia encontró continuidad en la Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural adoptada por la UNESCO en 1972, que estableció un marco internacional para la identificación, protección y transmisión de bienes de valor excepcional para la humanidad.

A partir de las Directrices Operativas para la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial, la autenticidad se consolidó como una condición fundamental para el reconocimiento de los bienes culturales, siendo evaluada principalmente a través de atributos

vinculados al diseño, los materiales, la ejecución y el emplazamiento. Si bien este enfoque permitió considerar las transformaciones históricas de los bienes, mantuvo una concepción de la autenticidad basada en la identificación y valoración de atributos materiales definidos desde criterios técnicos y expertos (UNESCO, 1978).

La persistencia de este enfoque evidenció dificultades para abordar patrimonios asociados a contextos culturales diversos, particularmente aquellos cuyas formas de transmisión y continuidad no podían comprenderse exclusivamente a partir de atributos materiales (Stovel, 2008). Estas limitaciones pusieron de manifiesto la necesidad de revisar y ampliar las nociones de autenticidad desde perspectivas más situadas y culturalmente sensibles, dando origen a los debates que desembocarían en el Documento de Nara sobre la Autenticidad (Jokilehto, 1999).

En 1994, el Documento de Nara marcó un punto de inflexión en la comprensión de la autenticidad al reconocer la diversidad cultural como un elemento fundamental para la valoración del patrimonio. A partir de este enfoque, la autenticidad dejó de interpretarse exclusivamente mediante criterios universales y atributos materiales, incorporando los contextos culturales, las prácticas sociales y las distintas formas de valoración asociadas a los bienes patrimoniales como fuentes legítimas para la transmisión de la autenticidad. De este modo, Nara impulsó una revisión crítica de las concepciones esencialistas que habían predominado en el campo de la conservación hasta entonces (Documento de Nara, 1994; Stovel, 2008).

Uno de los efectos más significativos del Documento de Nara fue el impulso de numerosos debates regionales sobre la autenticidad, entre los que destacan la Declaración de San Antonio (1996) para las Américas, la reunión de Gran Zimbabue (1999) para África y la Declaración de Riga (2000) para Europa Oriental.

En América, la Declaración de San Antonio destacó la diversidad cultural que caracteriza al continente y la necesidad de comprender el patrimonio desde contextos históricos y culturales específicos. En este marco, subrayó la relevancia del relativismo cultural para orientar las prácticas y políticas de conservación, así como el valor de las técnicas tradicionales en el mantenimiento de los bienes patrimoniales, especialmente cuando estas continúan vigentes (ICOMOS, 1996, p. 190). De este modo, reconoció que los saberes y prácticas asociados a las culturas constructivas constituyen una dimensión fundamental para la continuidad de los monumentos y sitios históricos.

A partir de estas discusiones comenzó a consolidarse una comprensión más amplia de la autenticidad, entendida no solo en relación con los atributos materiales de los bienes, sino también con los significados, prácticas y formas de conocimiento que les otorgan continuidad en contextos culturales específicos. Desde esta perspectiva, la investigación histórico-material, aunque necesaria, resulta insuficiente para comprender integralmente el valor de un bien patrimonial, cuya autenticidad se construye también a través de las relaciones que las comunidades establecen con él.

Esta ampliación conceptual resulta particularmente relevante para las arquitecturas históricas construidas con tierra. En estos casos, la permanencia de los edificios depende en gran medida de la continuidad de los conocimientos, técnicas y prácticas que hacen posi-

ble su construcción, mantenimiento y transformación a lo largo del tiempo, poniendo en evidencia la estrecha relación existente entre materialidad, saberes y autenticidad.

Culturas constructivas y arquitecturas construidas con tierra

Considerar a la arquitectura con tierra como parte de una cultura constructiva implica reconocer que se configura a partir de un entramado de relaciones entre las personas y el medio que habitan, sostenido en prácticas y saberes transmitidos en el tiempo (Tomasi et al., 2020). Es fundamental comprender que no se trata únicamente de elementos arquitectónicos aislados. Por el contrario, su interpretación como expresiones materiales de una determinada cultura constructiva permite reconocer el carácter dinámico de los significados, las relaciones y las prácticas que les dan sustento.

Las culturas constructivas son el resultado de procesos históricos de larga duración, a través de los cuales las comunidades desarrollaron conocimientos sobre los materiales disponibles, sus posibilidades de transformación y las formas más adecuadas de emplearlos en cada contexto. Este aprendizaje acumulado permitió optimizar recursos, establecer modos de hacer compartidos y transmitir conocimientos entre generaciones. Sin embargo, esta red de saberes no se limita a aspectos técnicos, sino que involucra formas de habitar, relaciones con el entorno, sistemas de significación y prácticas rituales que otorgan sentido al acto de construir (Guerrero Vaca, 2007; Tomasi et al., 2020).

La tierra constituye la base material de numerosas culturas constructivas originadas en distintos territorios y contextos históricos (Guillaud, 2017). A partir de los recursos disponibles en cada lugar, las comunidades desarrollaron técnicas, conocimientos y modos de construir específicos, estrechamente vinculados a las condiciones ambientales, los materiales locales y las formas de habitar.

En el área andina, estas prácticas poseen una extensa trayectoria que se remonta a momentos prehispánicos (Nielsen, 2006) y que continuaron durante los períodos colonial y republicano, manteniendo una notable vigencia hasta la actualidad. En la provincia argentina de Jujuy, esta continuidad se expresa tanto en edificios con reconocimiento patrimonial formal como en numerosas construcciones cotidianas que, más allá de la existencia o no de declaratorias, poseen una profunda valoración social y cultural para las comunidades que las habitan.

Como se expresó en la Declaración de San Antonio (1996), es clave el reconocimiento de las características intrínsecas de materiales como la tierra, con la que se construyeron innumerable cantidad de edificios y sitios históricos que se mantienen en pie. La aceptación del mantenimiento periódico y de la sustitución de determinados componentes, asimismo, invita a comprender sus valores extrínsecos como construcciones cuya permanencia depende de procesos continuos de intervención y transmisión de conocimientos.

En el campo de la conservación de las arquitecturas construidas con tierra, se observa con frecuencia la aplicación de criterios de intervención orientados principalmente a la preservación de valores estéticos, sin un reconocimiento adecuado de su materialidad, de sus procesos constructivos ni de la naturaleza de las técnicas que las conforman.

En este contexto, suelen incorporarse soluciones tecnológicas que, en muchos casos, resultan incompatibles con los materiales originales y con los sistemas constructivos tradicionales. Estas prácticas no solo generan tensiones en torno a la comprensión del principio de autenticidad, sino que además pueden derivar en patologías asociadas a dichas incompatibilidades, comprometiendo la conservación material de los bienes y evidenciando la necesidad de abordar la autenticidad desde una perspectiva más integral y situada.

En estas arquitecturas, los conocimientos y prácticas asociados a su construcción y mantenimiento constituyen un componente fundamental de su conservación. A diferencia de otros materiales industrializados, la tierra presenta características específicas en cada contexto, por lo que su utilización depende de saberes locales desarrollados y transmitidos a lo largo del tiempo (Correia, 2007). Por ello, la permanencia se sostiene en la articulación entre materialidad y conocimiento, donde la continuidad de los saberes constructivos resulta indispensable para garantizar su mantenimiento, adaptación y transmisión hacia el futuro.

La estrecha relación entre materialidad, conocimientos y prácticas plantea interrogantes sobre los modos en que se construye y transmite la autenticidad. Si las culturas constructivas forman parte integral de estas arquitecturas, resulta necesario considerar no solo la permanencia de sus componentes materiales, sino también la continuidad de los procesos sociales y técnicos que hacen posible su existencia y conservación.

Las reflexiones desarrolladas permiten reconocer que la continuidad de los saberes, prácticas y formas de organización asociadas a las culturas constructivas con tierra constituye un aspecto central para comprender los procesos de conservación de estos edificios. En este marco, el caso de la capilla de Santa Bárbara en la localidad de Cochinoca ofrece una oportunidad para analizar cómo estos conocimientos se activan, transmiten y actualizan, frente a la necesidad concreta de intervenir sobre un bien patrimonial (Jones y Yarrow, 2013).

Reconstruir la memoria a través de los saberes locales

La capilla de Santa Bárbara se encuentra en el poblado de Cochinoca, en la Puna de Jujuy, Argentina, a 3.648 msnm (figura 1). Fundado en 1602 como pueblo de indios en el marco del proceso de colonización española, Cochinoca constituyó un importante centro administrativo y religioso entre los siglos XVII y XIX, aunque en la actualidad cuenta con una población reducida. Entre los cuatro templos que llegaron a existir en el poblado, la capilla de Santa Bárbara es la más antigua que se conserva, concluida hacia 1764 según consta en una inscripción ubicada sobre su acceso principal.



Figura 1. Localización del caso de estudio, Cochinoca, Jujuy. (Elaboración propia)

Su emplazamiento sobre una pequeña elevación y su advocación a Santa Bárbara, protectora de rayos y tormentas, evidencian la estrecha relación entre el edificio, el entorno y las prácticas culturales locales (Asencio et al., 1974). Más allá de su antigüedad y evidente valoración local para la comunidad, no posee declaratorias formales de protección patrimonial.

Construida en mampostería de adobe y cubierta con estructura de madera y tejas musleras, la capilla constituye un ejemplo representativo de las arquitecturas históricas con tierra de la región (Figura 2). Presenta nave única y torre adosada hacia uno de los lados del ingreso. Tiene una profundidad de 8.60 m por 4.60 m de ancho, con una pequeña sacristía. Presenta un atrio hacia el frente, cerrado con un muro bajo de adobe.

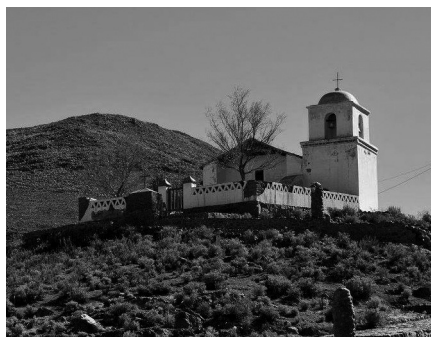


Figura 2. Fotografía de la capilla tomada en el año 2017 (Fotografía de la autora).

El 27 de enero de 2022, tras una fuerte tormenta eléctrica, se produjo el colapso parcial de la torre campanario de la capilla (figura 3), sin que se hubieran registrado previamente indicios significativos de fallas estructurales. Este acontecimiento dio inicio a un proceso de reconstrucción que involucró a la comunidad local y organismos de gestión patrimonial, constituyendo una oportunidad para reflexionar sobre el papel de los saberes y prácticas constructivas en la conservación de las arquitecturas históricas construidas con tierra.



Figura 3. Colapso parcial de la torre de la capilla (fotografía de la autora)

Al día siguiente del derrumbe, y a partir de la convocatoria realizada por la comunidad, el equipo técnico de la Dirección Provincial de Patrimonio llevó adelante un relevamiento de la capilla con el fin de evaluar su estado estructural y verificar posibles afectaciones en otros sectores del edificio. Se constató que la nave de la iglesia no presentaba daños estructurales y que el colapso se había producido a partir de una altura aproximada de dos metros desde la base de la torre. La permanencia del primer cuerpo se explicó por la presencia de la escalera interior, cuya estructura aportó rigidez y estabilidad al conjunto.

Paralelamente, se realizó un análisis de los escombros para identificar elementos originales de la torre y reconocer materiales potencialmente reutilizables. Entre los restos recuperados se identificaron molduras y piezas que permitieron registrar dimensiones y características formales de diversos componentes de la torre. Esta información resultó especialmente valiosa debido a la ausencia de documentación técnica detallada previa al colapso, complementándose con un registro fotográfico realizado en el año 2017. Tal como señala Correia (2007), la disponibilidad de documentación precisa constituye un aspecto fundamental para abordar procesos de reconstrucción patrimonial.

A partir de estas primeras acciones comenzó un trabajo conjunto entre la comunidad local y las áreas de gestión provincial para definir criterios y alternativas de intervención (Figura 4). Desde los primeros encuentros quedó en evidencia la importancia que tenía para la comunidad la reconstrucción de la torre, entendida no solo como la recuperación de un elemento arquitectónico, sino también como la continuidad de prácticas y conocimientos asociados a su mantenimiento. En este marco, se elaboró un proyecto integral orientado a respetar la tecnología constructiva original, así como las características materiales y morfológicas del edificio.



Figura 4. Reunión en el pueblo con técnicos de patrimonio y miembros de la comunidad. (Fotografía de la autora)

Desde los encuentros iniciales surgió un consenso respecto de la necesidad de actuar con rapidez para evitar el deterioro progresivo del edificio, entendiendo que en las arquitecturas construidas con tierra la exposición prolongada de la mampostería a la intemperie puede acelerar significativamente los procesos de degradación. Esta preocupación compartida impulsó la búsqueda de recursos y estrategias que permitieran avanzar en las obras de la torre (Millón, 2024).

En el marco de las reuniones, en las que participaron activamente miembros de la comunidad, se discutieron distintas alternativas para la reconstrucción de la torre, particularmente en relación con la presencia de revoques cementicios incorporados en intervenciones anteriores. Como resultado, se alcanzó un consenso en torno a la necesidad de respetar la tecnología constructiva y las características morfológicas originales, reutilizando las lajas y ladrillos recuperados de los escombros para la restitución de molduras y detalles arquitectónicos. Para los muros se definió la confección de adobes de $60 \times 30 \times 10$ cm, equivalentes a los existentes, con el objetivo de garantizar la continuidad de los aparejos y la adecuada integración entre la parte conservada y el sector reconstruido.

Si bien se recuperaron dimensiones, materiales y procedimientos tradicionales, también se incorporaron cañas verticales en los muros y vigas collar de madera destinadas a mejorar el comportamiento sísmico de la torre. Las acciones llevadas adelante pusieron de manifiesto el carácter dinámico de las culturas constructivas, capaces de integrar aportes contemporáneos sin perder continuidad con los saberes y prácticas que les dieron origen. Este proceso permitió reconocer que los conocimientos involucrados en la reconstrucción no implicaban una reproducción literal de las técnicas históricas, sino su actualización a partir de nuevos conocimientos.

La reconstrucción se planteó desde el inicio como un proceso que involucrara activamente a los integrantes de la comunidad. Las tareas fueron llevadas adelante por personas con experiencia en la construcción con tierra, cuyos conocimientos habían sido transmitidos de generación en generación a través de la práctica cotidiana. En el marco de estas culturas constructivas, acciones como identificar las tierras adecuadas, preparar mezclas o cortar adobes forman parte de saberes arraigados en la vida comunitaria (Figura 5), que trascienden el ámbito estrictamente constructivo para integrarse a un entramado más amplio de relaciones sociales y culturales.



Figura 5. Preparando la tierra para cortar adobes (fotografía de la autora).

La obtención de materiales y la producción de los nuevos adobes se apoyaron en estos conocimientos locales. A partir de las indicaciones de constructores de la comunidad, se identificó una cantera cercana con suelos aptos para su elaboración, mientras que miembros de la comisión de la iglesia colaboraron en la recolección de paja para las mezclas. Asimismo, cuatro constructores locales participaron en el corte de los adobes, realizados con las mismas dimensiones que los originales para asegurar su adecuada integración al sector reconstruido. De este modo, la reconstrucción se apoyó tanto en materiales disponibles en el entorno inmediato como en prácticas constructivas vigentes dentro de la comunidad.

Durante el proceso de reconstrucción se incorporaron refuerzos estructurales con materiales compatibles con la tecnología original del edificio, tanto en la mampostería de adobes (Figura 6) como en la parte superior de ambos cuerpos de la torre, particularmente en el arranque del cupulín. Esta decisión permitió mejorar el comportamiento estructural de la torre sin alterar el sistema constructivo.



Figura 6. Incorporación de cañas verticales en la mampostería de adobes
(fotografía de la autora)

Al considerar que el patrimonio se encuentra profundamente vinculado a las valoraciones de las comunidades que lo viven y lo reconocen como propio el sentido de lo auténtico puede ser abordado como una noción relacional, cuya comprensión requiere atender a los vínculos que se establecen entre los bienes patrimoniales, las personas y los contextos socioculturales en los que se inscriben (Prats, 1997). Desde esta perspectiva, la autenticidad no se presenta como una condición dada o estable, sino como una construcción situada, atravesada por prácticas, interpretaciones y significados diversos, tanto en el plano material como simbólico, que se produce y se mantiene vigente a través de los saberes, usos y prácticas que sostienen al bien en el tiempo (Jones y Yarrow, 2013).

Consideraciones finales

El caso de la capilla de Santa Bárbara permite comprender las arquitecturas con tierra como parte de una cultura constructiva en la que convergen conocimientos técnicos, relaciones con el entorno, formas de organización social y mecanismos de transmisión intergeneracional. Desde esta perspectiva, su conservación no puede reducirse a la preservación de una materialidad determinada, sino que debe considerar la continuidad de los saberes y prácticas que han hecho posible su existencia y hacen posible su mantenimiento, reparación y transformación a lo largo del tiempo.

La experiencia analizada pone de manifiesto que dichos saberes no constituyen un conjunto de conocimientos estáticos vinculados exclusivamente al pasado. Por el contrario, forman parte de procesos dinámicos capaces de incorporar nuevos aportes técnicos y

adaptarse a contextos cambiantes sin perder continuidad. La incorporación de refuerzos estructurales compatibles durante la reconstrucción de la torre evidencia cómo las culturas constructivas pueden integrar innovaciones manteniendo los principios materiales y técnicos que les dan sustento.

En este sentido, el caso de Santa Bárbara permite problematizar las otrora interpretaciones de la autenticidad centradas exclusivamente en la permanencia de la materia original. En estas arquitecturas históricas construidas con tierra, la continuidad de los saberes y prácticas no constituye únicamente un valor cultural asociado al bien, sino una condición necesaria para su permanencia material. Reconocer esta dimensión implica aplicar la ampliada comprensión de la autenticidad hacia los procesos sociales, técnicos y culturales que posibilitan su permanencia en el tiempo.

Bibliografía

- Asencio, M; Iglesia, R; Schenone, H. (1974). *Arquitectura en el altiplano jujeño. Casabindo y Cochino*. Librería Técnica CP67.
- Conti, A. (2014). La continuidad en un mundo de cambio permanente. En López Morales, F. y Vidargas, F. (Ed), *Los nuevos paradigmas de la conservación del patrimonio cultural. 50 Años de la Carta de Venecia* (pp. 101-119). INAH.
- Correia, M. (2006). Universalidade e Diversidade da Arquitectura de Terra. En: *Terra: Forma de Construir. Arquitectura, Antropologia, Arqueologia* (pp. 12-19). Argumentum e Escola Superior Gallaecia.
- Correia, M. (2007). Teoría de la conservación y su aplicación al patrimonio en tierra. *Apuntes: Revista de estudios sobre patrimonio cultural*. 20, (2). Pp. 202-219. Pontificia Universidad Javeriana.
- Guerrero Vaca, L.F. (2007). Arquitectura en tierra. Hacia la recuperación de una cultura constructiva. *Apuntes: Revista de estudios sobre patrimonio cultural*. 20 (2). Pp. 182-202. Pontificia Universidad Javeriana.
- González Varas, I. (2018). *Conservación del patrimonio cultural. Teoría, historia, principios y normas*. Manuales Arte Cátedra.
- Guillaud, H. (2017). Conservar la arquitectura de tierra, condición de futuro de una modernidad recreada. En: *Proyecto Coremans. Criterios de intervención en la arquitectura de tierra*. (pp.15-21) Ministerio de Educación Cultura y Deporte.
- ICOMOS (1994). *Documento de Nara sobre Autenticidad*. <https://icomos.es/wp-content/uploads/2020/01/21.CONFERENCIADENARASOBREAUTENTICIDAD1994.pdf>
- ICOMOS (1996). Declaración de San Antonio. Texas. En: Documentos de ICOMOS. *Cuadernos del Consejo de Monumentos Nacionales*. Segunda serie (111), 185-204.
- Jokilehto, J. (1999). *A History of Architectural Conservation*. Butterworth-Heinemann.
- Jokilehto, J. (2021). Observaciones sobre los conceptos de la carta de Venecia. *Conversaciones con Fernando Chueca Goitia y Carlos Flores Marini*. (11), 365-375.

- Jones, S., & Yarrow, T. (2013). Crafting authenticity: An ethnography of conservation practice. *Journal of Material Culture*, 18(1), 3-26. <https://doi.org/10.1177/1359183512474383>
- Magar, V. (2014). Revisión Histórica de la Carta de Venecia y su impacto en su 50 aniversario. En López Morales, F. y Vidargas, F. (Ed), *Los nuevos paradigmas de la conservación del patrimonio cultural. 50 años de la Carta de Venecia*. (pp. 121-175). INAH.
- Millón, V. (2024). Restauración y reconstrucción parcial de dos iglesias en la Puna Jujeña, Argentina. *Memorias del 22º Seminario Iberoamericano de Arquitectura y Construcción con tierra*. La Serena, Chile. (pp. 665-672)
- Nielsen, A. (2006). *Plazas para los antepasados: descentralización y poder corporativo en las formaciones políticas preincaicas de los Andes circumpuneños*. Estudios Atacameños (31), 63-89.
- Prats, Ll. (1997). *Antropología y Patrimonio*. Editorial Ariel.
- Smith, L. (2006). *Uses of heritage*. Routledge.
- Stovel, H. (2008). Origins and influence of the Nara document on authenticity. *APT Bulletin: The Journal of Preservation technology*, 39(2/3), 9-17. <https://www.jstor.org/stable/25434195>
- Tomasi, J., Barada, J., Barbarich, F., Veliz N. & Saiquita, V. (2020). *Culturas constructivas con tierra en el espacio altoandino. Aproximaciones tecnológicas y sociales desde el norte argentino*. Em Questão, (26), 261-290.
- UNESCO (1978). *Operational Guidelines for the Implementation of the World Heritage Convention*. <https://whc.unesco.org/archive/opguide78.pdf>
-

Abstract: Since its incorporation into the field of heritage conservation, the principle of authenticity has been closely associated with the preservation of original material fabric. The conceptual expansion promoted by the Nara Document (1994) introduced cultural dimensions that extend beyond the strictly material attributes of heritage properties. Within this framework, historic earthen architecture constitutes a particularly significant field for re-examining this principle, as its conservation depends not only on the persistence of its material components but also on the continuity of the knowledge and practices that enable its construction, maintenance, and transformation over time.

Keywords: architecture – local communities – reconstruction – social practices – constructive cultures

Resumo: Desde sua incorporação ao campo da conservação patrimonial, o princípio da autenticidade tem estado estreitamente associado à permanência da matéria original. A ampliação conceitual promovida pelo Documento de Nara (1994) incorporou dimensões culturais que ultrapassam os atributos estritamente materiais dos bens patrimoniais. Nesse contexto, as arquiteturas históricas de terra constituem um campo particularmente significativo para problematizar esse princípio, uma vez que sua conservação não depende apenas da persistência de seus componentes materiais, mas também da continuidade dos saberes e das práticas que tornam possível sua construção, manutenção e transformação ao longo do tempo.

Palavras-chave: arquitetura de terra – comunidades locais – reconstrução – práticas sociais – culturas construtivas

María Valentina Millón: es arquitecta, becaria doctoral del CONICET y doctoranda en Políticas Públicas y Desarrollo en Contextos Regionales (UNJu). Integra el Laboratorio de Arquitecturas Andinas y Construcción con Tierra (LAAyCT-UNJu) y desarrolla su tesis de Maestría en Proyecto de Intervención en el Patrimonio Territorial, Urbano y Arquitectónico (UNSAM). Sus investigaciones se centran en la gestión y conservación del patrimonio construido con tierra y los criterios de intervención.